

Las fiestas como fenómeno sociológico dinamizador de la vida de los pueblos

Desde el punto de vista puramente costumbrista y popular, cabría afirmar que las fiestas en los pueblos, siempre se han considerado algo consustancial con la propia existencia.

El lugar, la comarca, mostraron así su vitalidad, al propio tiempo que les servía para recordar fechas de calendario, sucesos religiosos o profanos propios o comunes a la colectividad. Así se ejercía la doble función tan necesaria, concediendo tregua a los trabajos habituales, cambio de actitudes corporales y sociales tan necesarias al individuo en sus comportamientos.

Pero sin que la fiesta en sí misma y por sí sola fuera capaz de modificar o alterar sustancialmente al menos la normal marcha de los pueblos, inmersos como han estado por tantísimo tiempo en su lento desarrollo cultural, económico y social.

A grandes periodos de trabajo, las más de las veces poco fructífero y agotador, sucedían otros de mucha mayor holganza, pero impuestos siempre todo por el devenir natural de los acontecimientos, contemplados con la mayor naturalidad.

Al día de laboriosidad perfectamente asumida o durísimo trabajo, sucedía el ansiado día festivo y a la inversa, en una alternancia monótona, paradigma de una existencia que encerraba grandes dosis de infortunio, conformación, incluso felicidad, dicho todo esto en un sentido puramente metafórico, ya que no resulta nada fácil definir y mucho menos aún afirmar cuales son los estados anímicos o físicos que conducen a las personas a considerarse felices o desdichados. El duro trabajo que generalmente imponía la difícil existencia. El reposo necesario, aunque a veces insuficiente, la fiesta, dentro de una razonable armonía impuesta por la cultura de los pueblos sobre todo, ha constituido parte inseparable de la esencia y fuente de esos pueblos, sin que lleguemos a encontrar uno solo o civilización que hayan carecido totalmente de estos dones tan apreciados y necesarios para su ciclo vital.

Hoy también, sigue el comportamiento de la persona o grupo social en la vida cotidiana, en una transacción que a menudo ha resultado dolorosa.

Sin embargo los hechos, la evolución temporal sobrevienen de manera tan vertiginosa que no deja de producir cambios significativos y trascendentes, sobresaltos impresionantes en la marcha, el desarrollo, en la propia vida del individuo, del grupo o pueblo con quien convive, de

la propia pareja incluso. Y todo ello conlleva unos nuevos hábitos de vida a los que es necesario acomodarse rápidamente.

Pero a pesar de todo, la realidad es que, el hombre conserva aún muchos de sus hábitos inveterados. La dinámica de la vida le ha modificado algo esos hábitos necesarios para expresarse por los diversos medios de actuación a su alcance, por un mayor dinamismo y trato del trabajo, por la fiesta y el mantenimiento de ciertas costumbres, que le llevan indefectiblemente al enriquecimiento personal y de la cultura general, fenómeno consustancial con la existencia de la vida.

Los cambios producidos han sido de tal magnitud y naturaleza, que en poquísimos años se ha dado una transformación impresionante, que ha trastocado también los medios naturales físicos de los pueblos y comarcas, llegando a estado de tal confusión que amenaza incluso la supervivencia de la propia huella humana como hábito cotidiano en lo que antes fueron territorios extensamente poblados.

Hay que abandonar un poco, para asentarse más en la realidad, el pasado aún reciente, del que hoy quizás solamente puedan considerarse planteamientos filosóficos.

Pero algo sí que reconforta observar como al menos las personas y colectivos que en este reciente pasado estuvieron ligadas por ley natural a esos entornos, hoy tan deprimidos y desolados, si bien trasladadas a otros lugares donde han desarrollado y experimentado unos más modernos hábitos de vida y comportamientos sociales, retornan con frecuencia al pueblo, al solar paterno. Y allí vuelven a llenarlo todo con su alegría, con sus fiestas y ocios abundantes, con sus nuevas costumbres; descubren las viejas calles, las viejas y sobrias casas, los añorados campos. Se observa placenteramente también como la persona casi nunca vuelve sola. Será su propia descendencia, el amigo deseoso de descubrir tierras desconocidas, ancianos pueblos, costumbres revividas, dentro de este dinamismo moderno, del que se aprovecha la mínima ocasión para evadirse de situaciones, un tanto incómodas y con frecuencia hasta crueles.

Por todo esto resulta cuando menos alentador pensar que, casi sin habérselo propuesto, sin apenas darnos cuenta; por este rápido cambio de actitudes de las gentes, por los deseos y necesidad de pasar unos días tranquilos en la soledad, alegres y en armonía con nuestras gentes y nuestras fiestas, hemos conseguido entre todos, con un pequeño costo material comparado y compartido y un enorme beneficio social que a todos llega, que nuestros pueblos tarden más en morir, que alarguemos su vida alegremente por si aún hay solución o porque el fin al menos no sea tan traumático y doloroso. Un desafío

que a todos afecta por igual.

La deontología es el tratado máximo por excelencia que obliga profesional y moralmente atender al enfermo, al disminuido, con todos los medios existentes para aliviar sus dolencias, salvarles o procurar que de su desaparición queden los mejores recuerdos.

Publicado en el Diario de Teruel el día 4 de mayo de 1.991